



su lugar estaría, por lo tanto, dentro de la prisión clasicista y no al lado de los barrocos-manieristas. Lo que caracteriza a éstos es justo lo contrario. La falta total de método y finalidad, el eterno baile en la cuerda floja. El surrealismo sería un clasicismo heterodoxo en última instancia”.

Se recorren las galerías del arte moderno. Se pasa de Arp a Giacometti, de Brancusi a Tanguy, en una gala de juicios bien ordenados y esquematizados para ubicar al lector siempre dentro de la referencia de lo que es el surrealismo, con un criterio bastante lúcido de lo que constituyen las esencias del arte moderno.

Los orígenes del surrealismo mexicano, la señora Rodríguez los busca en Julio Ruelas, Posada, Montenegro, Julio Castellanos, Best Maugard, Jesús Reyes Ferreira, etcétera. Esto, además de todos sus lazos que tiene con el arte popular, el cual maravilla a Breton, en su primera visita a México en 1938: “Pero este México no es un mito, es un México que está vibrante de verdad, no solamente para el oído del poeta, sino para el de todos los hombres que tienen cuidado de distinguir la condición social de la condición humana, y se esfuerzan, como se hace aquí, en determinar los medios colectivos para asegurar su compatibilidad.”

La exposición internacional del surrealismo se llevó a cabo, en esta capital, el 17 de enero de 1940, en las galerías de Arte

Mexicano, dirigidas por Inés Amor. Y participaron en la muestra los mexicanos: Roberto Montenegro, Manuel Rodríguez Lozano, Antonio Ruiz, Manuel Álvarez Bravo, Guillermo Meza, Xavier Villaurrutia y José Moreno Villa.

Este acontecimiento es la puerta de entrada al exterior de la pintura mexicana. Se congrega en nuestro país una generación de artistas extranjeros que dan nuevos temas y descubren nuevos caminos de la plástica nacional. México llega a su expresión universal, sus postulados dentro del marco de la plástica surrealista son valorados y, más que nada, entra de lleno a formar parte de las búsquedas por un mundo diferente, exasperando su forma actual, y desde luego, tomando en cuenta nuestras propias características; como apunta Ida Rodríguez: “El Muralismo de México es uno de los grandes momentos de la historia del arte del siglo XX, porque es una vuelta a la comunicación, al mensaje, al servicio, tiene pretensiones de gran arte porque se liga a los intereses espirituales de la comunidad. Su primer motor no es la forma ni la belleza plástica; es el beneficio, el provecho de las masas a las que instruye...”

“La mayoría de los pintores traicionaron los principios, volvieron al cuadro de caballete, que habían proscrito en su primer gran *Manifiesto* y produjeron obras para el consumo de las clases acomodadas”.

Habrà que enfrentarse con más de veinte

artistas que se incluyen en la obra y que pertenecen por diferentes motivos a lo que es el arte moderno mexicano. Tal vez sea necesario también, “enjaularlos”, será necesario definir sus búsquedas, sus pretensiones estéticas y sociales. Y desde luego, hay que crear un criterio en que se defina qué es el arte moderno, cuál es su función, cómo ha devenido histórica y comercialmente.

Este será el primer paso para otorgarle a esta gran nación una verdadera expresión, que nos rescate del tiempo perdido, de la improvisación, de las *vedettes* de los salones anuales que entienden por internacional un intercambio entre artistas menores, de acción mezquina, frívola y mediocre.

Que nos salve de la soledad de estas altas montañas que tienen diferentes nombres y diferentes actitudes fácilmente identificables con la mala fe y el demonio, que, como diría Sartre, sí existe. Del provincianismo, y no del virtuoso, de la más baja inferioridad que no se merece este valle tan alto, tan fresco, de clima tan elegante, por mesurado, de un pueblo de gente joven que busca a la par del arte, resolver los problemas de la educación, la salubridad, el progreso, de un país que es múltiple y diverso. En fin, México reclama sus propias formas de expresión, y no será un grupo de pequeños enemigos de la *intelligentzia* los que podrán oponerse a su desarrollo en sus diferentes medios y campos.

Ida Rodríguez termina el libro refiriéndose a Cuevas: “En ningún otro artista como éste se cumple con tal autenticidad la máxima de Rimbaud: *Yo soy otro*”. En México siempre habrá otro, el cual hay que denunciar, que callar, tal vez también que inmolar. Siempre habrá otra máscara para los millones de seres que habitan esta nación con tan diferentes lenguajes y diferentes costumbres y diferentes creencias. Hay un otro México. De nosotros depende descubrirlo y rescatarlo.

Artes plásticas



Climent

Por Zita Garst

“Este perrito,” dijo Climent cuando entramos a su casa de Las Águilas, “pues es de todas las razas y de ninguna,” al preguntárselo Ikerne. “No sé; es como nosotros, que somos parte árabes, fenicios, judíos, griegos y romanos, y quién sabe qué otras cosas más.”

Nos hizo sentar junto a una gran ventana que permitía ver toda la ciudad y nos sirvió café aromático cuya receta provenía de un amigo suyo árabe, en unas hermosas tazas color ámbar de Acámbaro.

Climent es un hombre tostado por el sol, de cabello y bigote blancos, muy erguido, de mirada aguileña y un gozar de la vida mediterráneo y solar y los cuarenta batiks y el óleo que vi en el Salón de la Plástica Mexicana al terminar el año dan la misma impresión de fuerza en su estructura armónica y de un refinamiento gozoso en las formas y el color, matizado al infinito. Los azules juegan en insospechados acordes con la púrpura y los verdes glaucos, de curvas moriscas y largas líneas verticales que recuerdan Egipto y la Grecia arcaica. Los tonos de tierra —sepia, ocre, tierra de Umbria— se conjugan con verdes plateados, como de olivos, y la bizarría de formas y la búsqueda apasionada del matiz se salvan del rebuscamiento por una visión total, orgánica y jupiteriana, un fundirse en un todo hecho de muchas partes distintas.

“El batik”, dice Climent, “lo vi primero en blanco y negro en una exposición de arte oriental en el Palacio de Bellas Artes. Se lo debo a un joven pintor japonés que muy amablemente me permitió aprender su técnica que yo apliqué al color. En cuanto a otras técnicas nuevas, no, no pienso estudiarlas; me basta con el óleo que debería escribirse con letras mayúsculas, porque no es suficiente toda una vida para aprenderlo, ya no digamos dominarlo. La mayoría de mis cuadros no me satisfacen, pero los expongo y los vendo porque, en fin, no son peores que muchos otros que se ven, y hay que vivir. Soy muy exigente con los demás, porque soy muy exigente conmigo mismo”.

“¿El paisaje mexicano? No creo que exista una nacionalidad en el paisaje. Las Mil Cumbres, las puede usted ver cerca de mi casa de Altea. Pero eso sí, yo vine a México porque quise conocerlo. Me llamó mucho la atención. Hubiera podido quedarme en París, pero no quise. Y José María Velasco es un pintor que cree que ni los mexicanos lo aprecian como se debe. Sí, Velasco, y hubo Vermeer. . . El arte griego clásico me parece muy aburrido, pero el arcaico es maravilloso, y lo bizantino me atrae también sobre todas las cosas.”

En las abstracciones de Climent —abstracciones de objetos reales, cuyas esencias plásticas y cromáticas abstrae y pinta el artista —bodegones de cafeteras, jarras de formas esbeltas y redondeadas—, en los paisajes como *Iglesia blanca*, *Rito negro* o *Casas de Ibiza* se ve el afán a llegar a la estructura básica, a lo fundamental de la imagen, pero nunca cae en una simplificación propagandística, porque siempre existe el goce, la jocosidad junto con el rigor.

“A veces tengo que hacer un esfuerzo,” dice Climent, “para no dejarme llevar por la alegría que me produce preparar las herramientas para pintar. Sí, hay que ser un buen artesano antes que nada, pero se necesita también mucha disciplina, para pintar y para todo en la vida.”

Nos despedimos del pintor y de su esposa ya anochecido, cuando un océano de luces cubría el Valle de México, pensando en la amplitud de su visión, para la cual América y Europa, México y España no son más que puntos geográficos, dos lugares en los cuales le ha sido dado vivir, gozar y recrear la belleza del mundo.

Cine



Mictlán ¿Sueño o pesadilla?

Por David Ramón

Por principio dos aclaraciones: 1) asistí a la exhibición de *Mictlán** sin el menor propósito de escribir sobre ella; 2) con el máximo deseo de encontrar lo bueno que tuviera. A pesar de que todo lo visto y exhibido este año, de que todas las muestras del llamado “Cine Nuevo Mexicano Independiente” hasta ahora son sólo (si exceptuamos a Gámez y Cazals) absolutos fracasos; pensé optimistamente que “tal vez ahora sí”, que ésta tendría que ser una buena película, ya que se había preparado (supuestamente) con gran cuidado, se contaba con buenos elementos y se había trabajado en forma independiente, sin cortapisas, sin apresuramientos; y bien, ¿entonces? ¿Qué encontramos? ¿Qué vimos? ¿Qué presenciamos?

A manera de preámbulo unos personajes “indígenas” esotéricos en un ritual idem, quienes se supone preparan a un muerto para su viaje al más allá, a Mictlán, la mansión de los muertos. De inmediato se advierte que a pesar de ser sólo unos pocos los personajes y de que la cámara los fotografía sucesivamente (o, mejor dicho, se ponen frente a la cámara uno por uno), se ve como una

especie de amontonamiento, de abigarramiento. También a pesar de estar en un escenario natural, los movimientos de los actores y de la cámara son tales, que existe siempre una gran pesadez. Es más, tenemos siempre una imagen como de teatro filmado en escenario de cartón. Después de esto vienen los créditos e inmediatamente vemos una casa en ruinas, y oímos (bueno oímos es mucho decir porque no sé si debido al pésimo sonido del Auditorio de Humanidades, o porque deliberadamente está grabada así para darle un tono “poético”, o porque el proyccionista se compadeció de nosotros y quiso ahorrarnos una serie de textos que ateniéndonos a los demás no valía la pena haber oído nunca) oímos, repito, unos como poemas. Luego aparece el rostro de Sergio Kleiner con una extraña, pero evidente ambigüedad y muy obviamente “fotografiado o captado al estilo Visconti” (aunque mal, claro). Después, él mismo y más o menos confusamente, como todo en esta película va, pero va marchando, aunque primero lo creíamos en una caminata normal, y parece que va de huida; y después parece que de pillaje sobre unos campos estériles y por fin llega a una aldea miserable. Todo esto en muy pocos minutos, pero todo mal fotografiado, mal ambientado y si no totalmente mal actuado, sí en forma contradictoria (saque de onda, dirían los jóvenes de la idem). Pasa lo siguiente: los actores tienen en sus movimientos y gestos un tono más o menos naturalista, mas sus voces, sus tonos son siempre altamente recitativos y solemnes como ellos creen o cree el director que debe decirse la poesía náhuatl y/o sus ideas filosóficas. Los actores que representan a los personajes indígenas agregan a todo esto el que dichos personajes representan símbolos (símbolos, sí, aunque obvios y baratos). De entre todos ellos el personaje que sale mejor librado es el de María (Silvia Li), debido a que casi no habla. Por otro lado el personaje

